tú lo puedes hacer en mí, todo. Dame unos ojos modestos, y dulces y sencillos como los tuyos; una conciencia serena, clara y tranquila como tu frente; una oración ardiente, continua y eficaz como la denotan tus manos juntas; un despreciar y hollar á todo lo variable, tenebroso y cambiante de este mundo, como tú pisas á la luna; un amor y aprecio á la gracia divina, que me haga todo luminoso, como á ti el sol que te viste con sus rayos; un afecto entrañable á la pasión de mi Salvador, de suerte que venga á ser mi joya más preciada, que la lleve sobre mi corazón, como tú llevas su cruz por gloriosa alhaja, y en fin un apoyarme siempre en mi ángel custodio para salir triunfante de mis enemigos, como tú por majestad y grandeza te apoyas sobre un querubín de primorosas alas. Y que adornado con las estrellas de las virtudes, y coronado con la victoria de mis pasiones, algún día tenga la dicha de mirarte, y de escuchar tu voz dulcísima, y de contemplarte como Reina de los cielos, asistiendo á la derecha del Rey eterno, y alegrando á la Sión celestial con tu presencia. Sí, Madre mía; que mis ojos te miren, que mi lengua te ensalce, que mi corazón te goce, y te ame siempre en la Patria de los escogidos. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DIA VIGÉSIMOSÉPTIMO

MEDITACIÓN

DE LA APARICION DE LA VIRGEN Á JUAN BERNARDINO

Yo vendré y lo curaré.
(Math. VIII, 7.)

Yo te he puesto á ti, para que mi nombre se cuente por toda la tierra.
(Exod. IX, 16.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA cómo todo aquel día, detuvo el Prelado á Juan Diego con el interés que naturalmente debe inspirar un hombre así favorecido por el cielo; mas al día siguiente quiso ir á ver el sitio de las apariciones, y el que había designado para la edificación de un templo la Virgen María. Fué en efecto el Obispo acompañado de algunas personas de autoridad, y después de recorrer y reconocer aquellos lugares, y de mandar poner unas señales en los puntos honrados con las apariciones, mandó á algunos de su comitiva que pasasen á ver á Juan Bernardino el tío de Juan Diego, para cerciorarse de si en efecto había recobrado maravillosamente

la salud, y siendo así lo llevasen á su presencia para tomar las debidas informaciones. Fueron pues al pueblo y á la casa de Juan Diego, y al llegar salió á recibirlos el mismo Juan Bernardino, causando al primero no poca admiración el encontrar andando y sano, al que había dejado un día antes deshauciado y al borde del sepulcro. No menos se admiró el tío al verle á él acompañado de aquel séquito de personas respetables y eclesiásticos. Juan Diego le refirió todo lo que había pasado, y como la Virgen Santísima le había asegurado de su salud, por lo cual no había traído al sacerdote, y lo demás porque había demorado. Le hizo saber cómo aquellas personas venían de parte del Obispo á informarse del modo y circunstancias en que había recobrado la salud. Entonces el enfermo sanado les refirió que en verdad así le había pasado: que á la hora misma en que se le había prometido á Juan Diego, había él visto á su cabecera á la misma Virgen Santísima, en la forma y traje que se había mostrado á su sobrino: que le había dado perfecta salud, y le había dicho informase al Obispo de todo, y le dijese de su parte, que cuando se le edificase el templo y se colocase en él su milagrosa imagen, le llamase Santa María de Guadalupe. Los parientes testificaron la extremidad á que había llegado el mal,

y cómo al irse Juan Diego le había dejado sin esperanza de vida; y cómo en un instante le vieron enteramente sano, y le oyeron referir lo mismo que ahora acababa de contar. En cuanto á Juan Bernardino, al describir la forma y traje de la Señora que le había aparecido, hacía tales descripciones, y daba tales señas, que persuadía de que era el original de la misma imagen guadalupana, la que había tenido ante sus ojos, pues la pintaba enteramente conforme á su portentoso retrato. Después llevaron á los dos favorecidos ante el Prelado, que hizo nuevas preguntas, y quedó más y más convencido de la verdad plena del suceso. Pondera cómo la Virgen María quiso aparecer á otro además de Juan Diego, para dar más certidumbre á la verdad de su venida, pues como dice la Escritura Santa: «en la boca de dos ó tres testigos consta toda palabra» (Deut. XIX, 15.) Y de este modo el dicho del sobrino se confirmaba con la salud repentina del tío, y el dicho de éste y su descripción de la aparecida, corroboraban la relación del otro; y al mismo tiempo daba como una muestra de los afectos de su visita y de la eficaz protección que vendría á dispensarnos, operando esa maravillosa é instantánea curación en aquel enfermo deshauciado. Pidámosle á la Virgen Santísima, que se digne sa-

nar las enfermedades de nuestra alma, pues como dice un Santo Padre: nuestra fiebre es la lujuria, nuestra fiebre es la avaricia, y lo mismo puede decirse de los otros vicios y pasiones.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA otras razones porqué María Santísima quiso obrar esa curación prodigiosa en aquel pobre indio. Primeramente, él era más desvalido; por su pobreza y baja condición, menos podría acudir á los médicos de profesión ni aplicarse costosas medicinas. Y María ama á los pobres y á los humildes, y los prefiere como Jesús, que por señal de su misión decía: «los pobres son evangelizados» (Luc. VII, 22), y también: «á evangelizar á los pobres me mandó» (Luc. IV, 18); por eso bajó á aquella humilde choza y se deja ver de aquel enfermo miserable, y conversa con aquella alma sencilla, desdeñando las casas de los poderosos, y el trato de tantos, á los ojos humanos, más dignos de una gracia y merced tan señalada.

En segundo lugar, la fe de Juan Diego, que todo lo pospone al ejercicio de la caridad: que corre desalado á proporcionar los sacramentos á su enfermo: que quiere perder el consuelo inefable que le aguarda en la cumbre del monte, y aun lo evita

como una tentación que podría retardarle; esta fe tan robusta, esta piedad tan sólida en un neófito, merecían una especial recompensa; y he aquí porqué la Virgen Santísima, que ama tanto las virtudes, y tan generosamente las galardona, quiere premiar la fe, la caridad, la abnegación y el celo de Juan Diego, ahorrándole aquellos pasos y fatigas, y sanándole á su tío de un modo tan sorprendente. Y como el premio de una virtud, suele ser el más ejercitarla y levantarla á mayor grado, por eso se premia la fe del neófito con un milagro que excita más su fe y la presupone; porque él necesita creer en aquel momento una cosa tan rara y para él nunca vista: necesita confiar en aquella curación ciegamente: no volver á hacer caso alguno de su enfermo; no llevarle ya ningún auxilio ni del alma del cuerpo; no volver ni aun á pensar en él, ni á recordarlo, puesto que su pensamiento y su memoria se ocupan en un asunto enteramente distinto. Y Juan Diego no duda, no vacila un instante; cree firmemente lo que la Virgen le asegura: confía en que está ya sano un hombre á quien acaba de dejar tan cercano á la muerte, y deja de pensar en auxiliarle y en llevarle el sacerdote, ocupándose sólo en lo que María le ordena, y entregándose á ella todo entero..... Pues he aquí su premio personal é ínti-

mo: el incremento de su fe, la robustez de su esperanza, la perfección de su obediencia, semillas todas de nuevos incrementos de gloria. Pidamos á la santísima Madre, una fe viva, para creer como conviene, una esperanza firme, y una entera obediencia; y esas virtudes serán para nosotros, nuevos premios en el cielo.

ORACION

ENFERMO estoy del alma, Madre mía; que de los males del cuerpo no me aflijo! Enfermo estoy del alma, y muchos males á un mismo tiempo me invaden y me debilitan: como hinchazón deforme y dolorosa, la soberbia me daña y perjudica, y sólo al tocarla, exhalo gritos que revelan la gravedad del peligro en que me pone; la avaricia como insaciable hidropesía, me hace aspirar á cada paso por los tristes bienes de la tierra que nunca llenan ni satisfacen, haciéndome olvidar los verdaderos y eternos bienes que el Señor nos promete, y para los que sólo hemos sido creados: la liviandad como una fiebre terrible y ardorosa, me causa una sed ardiente de las delicias de los sentidos, y me sumerge en un pesado estupor que me hace casi del todo insensible á las cosas del alma y á los deseos del cielo; la tibieza, como una lenta y oculta consunción,

va gastando poco á poco las fuerzas interiores de la gracia, y preparando una ruina tan cierta como poco sentida; la ceguedad que no ve los peligros y se mete en medio de ellos; la sordera que no escucha los mandatos y los consejos de los superiores; la parálisis que dejando en imposibilidad de caminar, no deja ya correr ni aun andar por los caminos de las virtudes: todas estas y otras mil enfermedades que no acierto á declarar, me perjudican y me afligen, y me orillan á la eterna muerte. Cúrame pues, oh Reina de los cielos; sáname, oh Madre de la salud del mundo; déjame, si conviene, los tristes males del cuerpo, que me sirvan de corrección ó de prueba; pero no me dejes los males del espíritu que me hacen desagradar á Dios, y me llevan á ofenderle. Por la maravillosa curación, que, con solo querer, hiciste en aquel pobre enfermo, visita la pobre choza de mi alma, mira los males que me agobian, aléjalos de mí, devolviéndome la alegría de mi salud verdadera, y yo publicaré por todas partes las maravillas de ese nombre con que quisiste ser más conocida y honrada entre nosotros. ¡Virgen de Guadalupe, cura todas mis llagas, y llévame á la patria de la eterna salud! Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

DIA VIGÉSIMOCTAVO

MEDITACIÓN

DEL NOMBRE DE GUADALUPE Y DE SUS VARIAS SIGNIFICACIONES

Sus príncipes..... son lobos robadores.
(Ezech. XXII, 27.)

Todos los que le comen serán devorados.
(Jerem. XXX, 16.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA, que aunque la inmaculada Reina no declaró el porqué quería adoptar para su imagen y templo el nombre de Guadalupe, muy bien podemos piadosamente inquirir los motivos para nuestro aprovechamiento. Nada obsta, pues para creer, que siendo los primeros conquistadores, y en particular el caudillo entre ellos, muy devotos de una imagen llamada de Guadalupe, que era de gran veneración en la provincia de España á que pertenecían, la Virgen santísima haya querido premiar y alentar su devoción; tomando un título que les era tan querido; pues aunque apareció á los indios,

pero es Madre de todos, y á todos habría de aprovechar el beneficio de su venida. Mas ¿cuáles son las significaciones de ese nombre? Primeramente, en nuestra lengua, parece significar, *agua, ó río de los lobos*. En la sagrada Escritura se comparan no pocas veces los malos y perversos con los lobos, principalmente cuando los malos persiguen y destrozan á los buenos, pues sabido es que el lobo es animal cruel y sanguinario. Así, advirtiendo que cada uno se asocia con su semejante, dice: «si alguna vez comunicara el lobo con el cordero, entonces el pecador se asociará con el justo» (Eccli. XIII, 21), y Nuestro Señor Jesucristo mandaba á sus apóstoles «como ovejas entre lobos» (Math. X, 16), y los perseguidores y potentados impíos, son llamados lobos, en persona de los príncipes de Jerusalén. (Ezech. XII, 27.) San Juan Crisóstomo dice que los apóstoles siendo mansos corderos, no sólo no serán devorados por los lobos, sino que Dios les dará virtud para convertir á los mismos lobos en corderos. Pues en este sentido, la Virgen santísima puede ser llamada *río de los lobos,* acudiendo al cual y bebiendo de sus aguas se trocarán estos en corderos; los malos, y aun los perseguidores, mientras conserven alguna devoción á la Madre de Dios, mientras acudan á las aguas cristalinas de este río,

dan esperanza de convertirse en corderos aunque sea sólo á la hora suprema, y así el título de Guadalupe es de muy grande confianza, y con su significación de *río de los lobos,* equivale al título tan bello de Refugio de pecadores, con que la Iglesia honra á Nuestra Señora. Hay quien dice que también significa *río de luz,* y esto nos recuerda el sueño de Mardoqueo, que vió «una pequeñita fuente que luego creció hasta hacerse un río, y luego se convirtió en luz y en sol, y redundó en copiosas aguas» (Esth. X, 6), y se explica allí mismo que con eso se significaba á Ester, joven humilde y oscura, que llegó á ser la esposa del rey Asuero, á deslumbrar con su hermosura, y á desbaratar con las aguas de su intercesión los inicuos planes de sus enemigos, que iban á exterminar á su pueblo. ¿Quién no ve como todo puede muy bien aplicarse á la Virgen María, que desde su humildad de sierva, fué elevada á la dignidad de Madre del Criador, y Reina de lo criado, convirtiéndose en luz y en sol como la vió San Juan en el Apocalipis, y como la vemos en su imagen guadalupana, y derramando por todas partes las aguas de su amparo y protección? Así, si el nombre de Guadalupe equivale en su primer significado al de Refugio de pecadores, en este último se asemeja al de María Santísima de la Luz

con que también es conocida y venerada. Pidamos pues, que acercándonos á sus aguas, lavemos nuestras manchas, y nos troquemos de lobos en corderos: que ella amanse á los lobos carniceros que hoy quieren devorar al rebaño de Cristo, y que nos comunique luz para conocerlo y amarlo, y para ver nuestras culpas y detestarlas.

PUNTO SEGUNDO

Como la Santísima Virgen, al hablar con el indio á quien sanó, naturalmente debía hacer uso de su lengua, para ser entendida, de aquí es que también se han buscado las interpretaciones del título de Guadalupe, en ese idioma, según los varios modos con que puede formarse y pronunciarse. Significa, pues, primeramente, en esta nueva lengua: «*la que ahuyentó á los que nos comían;*» para cuya inteligencia acudiremos á la divina Escritura. Amenazando el Señor una vez á los príncipes y jueces, y echándoles en rostro sus delitos, les dice así por boca de un profeta: «oid, príncipes y caudillos, vosotros los que violentamente les quitáis la piel de encima, y la carne de entre sus huesos. Comieron la carne de mi pueblo, y le arrancaron de encima su piel, y

quebrantaron sus huesos, y pusiéronlos como en sartén, y como carne en medio de la olla» (Mich. III, 3.) En otra parte, amenaza á los burladores de un profeta, diciéndoles entre otras cosas, que «los padres comerán á sus hijos, y los hijos á sus padres en medio del pueblo.» (Ezech. V, 10.) En los Proverbios se habla de una «generación que tiene espadas por dientes y mueve sus dientes molares para comerse á los necesitados de la tierra y á los pobres de entre los hombres.» (Prov. XXX, 14.) Por todo lo cual se ve cuales son los que nos comen ó devoran: los príncipes inicuos, los malos jueces, los jefes impíos, y esto, á veces, por especial castigo del Señor. Por la misma razón, estos perseguidores se llaman lobos capaces (Act. XX, 29), y se dice que sus dientes son armas y saetas (Psalm. LVI, 5), ó dientes de león (Joel. I. 6), y que los harán crujir con rabia contra el justo. (Psalm. XXXVI, 12.) Mas también, prometiendo Dios su protección y amparo, se nos dice que «no entregó el Señor á los suyos como presa de los dientes de sus enemigos» (Psalm. CXXIII, 6): que á estos hirió, y despedazó los dientes que nos amenazaban (Psalm. III, 8); que los dispersó con la virtud de su brazo (Psalm. LXXXVIII, 11); que los arrojó al mar (Psalm. LXXVII, 53); y que los redujo á

la nada. (Psalm. CVII, 14.) Y he aquí perfectamente comprendido el significado del título de Guadalupe: *la que ahuyentó á los que nos comían*, la que disipó á los demonios que se hacían ofrecer humanos sacrificios, comiéndose después sus adeptos la carne humana en horrendos festines; la que desbarató á los tiranos y á los perseguidores que devoraban de varios modos á aquellos pobres pueblos. ¡Cuántas razones para invocarla ahora bajo ese nombre!

También quiere decir, *la que tuvo su origen de las peñas*, pues así como en la Escritura se dice que el Señor «hizo brotar ríos de una peña durísima» (Deut. VIII, 15), que «sacó agua de una peña para los sedientos» (2. Esdr. IX, 15), y que su pueblo tomaría miel de una piedra, y óleo de un peñasco durísimo» (Deut. XXXII, 13), así de María de Guadalupe nuestra Señora, podemos decir, que es río de dulcísimas aguas que tuvo su origen entre las rocas de nuestros montes, que es el agua cristalina sacada de la piedra para los que tienen sed de las cosas del cielo; que es una miel suavísima para los que la aman, como la hace decir la Iglesia, «mi espíritu es más dulce que la miel, y mi heredad, sobre la miel y el panal» (Eccli. XXIV, 27), y un óleo nutritivo y medicinal para los que acuden á buscar

en ella el remedio de sus llagas. También el título de Guadalupe, significando *la que tuvo su origen de las peñas*, nos está recordando su fineza de bajar á las peñas del Tepeyac y querer fijar allí su morada entre nosotros. ¡Oh Madre amante, Virgen de Guadalupe! ahuyenta los enemigos invisibles que me devoran; trueca en corderos los sangrientos lobos que hoy atacan á la Iglesia de Jesucristo; haz nacer en las peñas de mi corazón el agua de la gracia, el óleo de la paz, la miel del gozo espiritual, para que vaya á inundarme en el cielo, en el río de suavísima luz que dimana de ti!

ORACIÓN

TERRIBLES lobos nos devoran, Madre mía de Guadalupe! ¡feroces bestias hacen crujir sus dientes sobre nosotros: rapacísimas fieras están devastando espantosamente la viña del Señor de los ejércitos! ¡Duélete de nosotros, Madre mía! ¡ahuyenta á los que tan cruelmente nos devoran! ¡Que nuestras fortunas y nuestros bienes temporales nos sean arrebatados, lo llevaremos con resignación y en paciencia, como merecido castigo por nuestras culpas; pero que no nos sean arrebatadas las dulces creencias que solas nos

hacen felices! ¡que no nos sea quitada la fe verdadera, cuya difusión quisiste ayudar y facilitar con tu venida! El demonio trabajó con empeño incansable, y sus millares de satélites formando asociaciones, y ligándose con horribles juramentos, están animados de tal ardor y de tanta constancia, que si pudiera ser, prevalecerían pronto contra la Iglesia las puertas del infierno. Mas si no prevalecen, pero sí la despojan, la escarnecen, la desgarran, y de mil maneras la persiguen. El Sumo Pontífice, su suprema Cabeza, exhala ayes lastimeros que por toda la cristiandad resuenan con un eco doloroso. ¡Piedad, Madre mía, para la Iglesia! una mirada de compasión para la cristiandad doliente que por todas partes recitando tu rosario te invoca en las terribles actuales circunstancias. Una mirada, sobre todo, te pedimos de esos tus ojos misericordiosos, para este pobre pueblo mexicano que tanto amas, y sobre el que hoy pesan todas las plagas. No podemos ni decir en voz alta nuestros males, porque sería agravarlos y hacerlos más funestos; pero tú los miras y perfectísimamente los conoces, gran Señora; remédialos cuanto antes: tú eres un río maravilloso, cuyas aguas pueden cambiar los lobos en corderos: eres un río de luz que puedes disipar de un golpe las tinieblas de tantos ciegos

que no creen y que blasfeman: nacida entre las peñas produces agua para los sedientos, óleo para los que tienen el corazón herido, y miel para regalo de las almas que te aman: tú puedes ahuyentar á todos los que nos devoran, para que tranquilos nuestros tiempos por tu protección, gozosos te sirvamos en el destierro, mientras llegamos á alabarte, gloriosos en el cielo. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

EJEMPLO

La séptima circunstancia maravillosa de la imagen guadalupana, es su duración. Siendo la tela frágil; el hilo que une sus dos piezas, de algodón y delgado; la luz que han soportado los colores tan intensa; el maltrato de la tela tan grande por los centenares de millares de objetos que á ella se han tocado; su exposición al aire libre, de muchos años, antes que fuese protegida con cristales; las exhalaciones nitrosas del lago cercano tan corrosivas que acaban aun los metales: ¿cómo ha podido conservarse intacta por 360 años?... Un sabio, llevado de no sé qué espíritu, mandó hacer una pintura guadalupana en

un ayate de la misma materia, y la expuso en la capilla del pocito. A los pocos años los colores bajaron, poco después casi se borraron; á otros años más transcurridos fué preciso quitar aquello de los ojos, porque no podía mirarse ya de afeado y envejecido. Esta contraprueba hace evidente el milagro de la conservación de la imagen.

DIA VIGÉSIMONONO

MEDITACIÓN

DE LA COLOCACIÓN DE LA IMAGEN Y PRIMEROS CULTOS QUE SE LE TRIBUTARON

Yo elegí y santifiqué este lugar para que estén allí mi nombre y mi corazón para siempre.
(2. Paral. VII. 16.)

Solemnizad el día con densas enramadas hasta la esquina del altar.
(Psalm. CXVII. 27.)

PUNTO PRIMERO

La fama de la belleza de la imagen, y el conocimiento de los prodigios de la aparición excitaron en el pueblo los más vivos deseos de tenerla en lugar público y patente para poder verla, y venerarla en todo tiempo. El Santo Obispo deseaba también por su parte dar cumplimiento á las órdenes de la Virgen santísima edificándole el templo que había significado. Hace pues comenzar una iglesia, pequeña por cierto, porque ni los materiales ni los artífices abundaban por entonces, y la acabó y la adornó como le fué posible, atendida la brevedad del

tiempo de que podía disponer. Esta primera iglesia no se edificó en el sitio preciso de las primeras apariciones, porque siendo una cumbre elevada, estaba más expuesta á la intemperie, y habría costado más tiempo y trabajo el transportar á su altura los materiales; por eso se levantó más bien en la falda, y hacia el sitio de la última aparición, donde fué dada la señal de las flores, lugar más resguardado de los vientos y más acomodado para el concurso de los devotos. Mas entretanto que la obra se terminaba, para satisfacer á los deseos del pueblo, la imagen fué expuesta á la vista y veneración en la iglesia que por entonces fungía de catedral, donde fué devotamente visitada y obsequiada.

Pondera la prontitud de la obediencia del Prelado, que en tiempos tan aciagos, en medio de persecuciones que entonces sufría, rodeado de gravísimas ocupaciones y negocios, no omitió medio alguno para llenar los deseos de la Virgen santísima, y supo llevar á cabo aquella obra difícil, y en las circunstancias más difíciles y adversas. Pero el deseo de María nuestra Madre se cumplió: el templo se levantó, y pudo ella decir ya, aquellas hermosas palabras de la Escritura que la Iglesia pone en su boca en la liturgia de su fiesta: «yo elegí y santifiqué este lugar, para que estén allí mi nombre y mi cora-

zón eternamente.» ¡Qué bondad de la Madre de Dios para con nosotros! Supliquémosle que escoja también nuestro pobre corazón para que en él viva y more, y para que su nombre tan misterioso, y su corazón tan generoso y compasivo, estén con nosotros para siempre.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA la magnificencia y regocijo de los primeros cultos públicos y solemnes que á la Santísima Virgen de Guadalupe se tributaron. Porque el Prelado favorecido con la misiva de la Madre de Dios, consultando á los cabildos civil y eclesiástico; anunció una procesión general tan suntuosa como era posible en aquellos tiempos, con el fin de trasladar la santa imagen y colocarla solemnemente en el modesto santuario que se le había preparado. Dispusieron pues, todos, y con especialidad los indios, las galas, luces, músicas y danzas á que son tan afectos, y prepararon aquellos hermosos plumajes, y aquellos vestidos de vivos colores que usaban para sus fiestas y reuniones. Así salieron de México el Obispo con los sacerdotes y religiosos, y el cabildo secular, llevando la santa imagen debajo de un palio ricamente aderezado.

En llegando á la iglesia, el Obispo la bendijo y dedicó, con las hermosas ceremonias que están ordenadas para estas funciones, y colocóla en el altar principal, quedando allí desde entonces para realizar sus promesas de habitar en aquellos sitios, y mostrarse Madre amorosa de cuantos la invoquen con confianza. Como noventa años duró colocada la venerable imagen en aquella iglesia pequeña y estrecha, hasta que después se edificó otro templo más bello y espacioso al cual fué transportada, ardiendo continuamente ante ella multitud de ricas lámparas de plata. La magnificencia, la riqueza, la generosidad con que nuestros antepasados adornaron y proveyeron el templo, es verdaderamente admirable, y revela el amor, la devoción y el ferviente y tierno cariño que le profesaban. La Santísima Virgen los premiaba con gracias sin número, con milagros patentes y favores extraordinarios, de que daban fe la multitud de retablos que ocultaban á la vista los muros del templo, y se aumentaban sin cesar. ¿Cuál es el culto que tú le tributas, ¡oh alma! á la Reina del cielo en su santuario? ¿cuáles los dones que le ofreces? ¿cuánto el amor que le profesas? Pídele que sepas imitar según tus alcances, la piedad, la generosidad y la fe de nuestros mayores. Hoy que sus fondos

han sido disipados por el huracán de las revoluciones, necesitamos más que nunca ser generosos, y cooperar según nuestras fuerzas á las necesidades del culto. Prometámosle portarnos con ella, como hijos fieles con una madre respetada y querida, omitiendo gastos inútiles para poder contribuir con nuestras donaciones al decoro de su templo y de su altar.

ORACIÓN

VIRGEN de Guadalupe! ¡Madre mía! ¡cuánto gozo experimenta mi alma al contemplar la fe de mis mayores, aquel júbilo inmenso con que los pueblos te recibieron, y aquel indecible entusiasmo con que te festejaron y celebraron tus primeras fiestas! Allí tus hijos, juntos en unión fraternal, celebraban con la mayor pompa tus glorias y grandezas: inmensas procesiones gastaban las faldas de la montaña con sus piadosas pisadas, y el oro y la plata, producto de nuestras comarcas, iba en masas valiosas á servir al adorno de tu santuario, ó á contener el óleo que ardía con profusión ante tu altar. Hoy, los tiempos han cambiado, Madre mía, los recursos se han amenguado; pero aun arden los corazones: las almas te pertenecen todavía, y en medio de la

penuria á que las revoluciones nos han reducido, todavía se han gastado sumas inmensas en hermosear tu santuario y en prepararte una regia corona. Ya que nuestros ojos han visto estos tus nuevos triunfos, Madre mía, haz que tus glorias crezcan más y más en nuestro suelo! que seas más conocida y más amada, y que así se extienda el reino de Jesucristo, al cual el tuyo está siempre vinculado! Estos son mis deseos, estas mis peticiones: escúchalas favorablemente, oh dulcísima María, y á mi corazón no le quedará más que desear ni otra cosa que pedir, que el ir á alabarte por siempre en las eternas delicias de la gloria. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.